

CAPITALISMO NEOLIBERAL: EL GIRO AUTORITARIO

Boffo, M., Saad-Filho, A., & Fine, B. (2018). Neoliberal capitalism: The authoritarian turn. *A World Turned Upside Down*, 247-271.

INTRODUCCIÓN

Vivimos en tiempos políticos interesantes y perturbadores. Son tiempos que, desde la elección de Donald Trump, arrojan vivencias cotidianas de nuevos extremos políticos que rayaban entre lo inimaginable y lo absurdo. El trumpismo tampoco es un ejemplo aislado de un nuevo extremismo político, a pesar de sus características específicamente estadounidenses. Su combinación de conocimiento de los medios de comunicación y del populismo nacionalista ofrece un recordatorio sobresaliente de la medida en que la disensión generalizada puede impulsar el éxito electoral en otros lugares de nuestra época, al menos desde la perspectiva de una antigua creencia complaciente con la posición segura de las democracias liberales (incluso si no sociales). Porque, en el pasado reciente, los gobiernos autoritarios se han instalado en una amplia variedad de países por diferentes medios, incluyendo elecciones más o menos cuestionables (Argentina, Hungría, India, Italia, Polonia), golpes judiciales-parlamentarios (Brasil, Honduras, Paraguay), el abuso de las prerrogativas constitucionales (Turquía) y golpes militares (Egipto, Tailandia).

Si bien los conceptos de autoritarismo neoliberal o neoliberalismo autoritario a menudo se usan indistintamente para abordar estos desarrollos, el primero sugiere una variedad neoliberal de un autoritarismo político transhistórico. Mientras que el segundo, nuestra preferencia, especifica un giro autoritario dentro del neoliberalismo. Sin embargo, lo que tienen en común los análisis detallados de cada una de estas formas políticas es que centran la atención en, e incluso a veces se limitan a, los factores económicos y las respuestas políticas a ellos. Esto sugiere que para comprender la naturaleza y las causas del neoliberalismo autoritario, se debe especificar la naturaleza (económica) del neoliberalismo y cómo condiciona tanto lo político como lo ideológico y sus relaciones contradictorias. De hecho, las políticas y prácticas asociadas con el neoliberalismo y la financiarización se han puesto en tela de juicio a raíz de la crisis financiera mundial de 2007-08. En el ámbito de la ideología, el mantra de que el desenfreno de los mercados libres, especialmente los financieros, podía mantener la prosperidad económica indefinidamente, sujeta a un mínimo de regulación macroeconómica mediante la manipulación de las tasas de interés por parte de un banco central independiente, se rompió estrepitosamente, revelando una vanidad extrema e ingenua. De manera reveladora, Alan Greenspan, antiguo director de la Reserva Federal de los EE. UU. cuando fue llamado nada menos que el 'Amo del Universo', confesó estar 'en un estado de asombro e incredulidad', aceptando que 'usted encontró que su visión del mundo, su ideología, no estaba bien, no estaba funcionando'.

A raíz de la crisis, se lanzó una intervención estatal a una escala sin precedentes para rescatar las finanzas mediante la provisión de apoyo ilimitado a las grandes instituciones financieras. Los bancos más grandes del mundo pasaron temporalmente a ser de propiedad pública y se les rescató y facilitó el acceso a fondos a tipos de interés mínimos mediante compras de activos de emergencia y una política de "flexibilización cuantitativa". Después de una década de recuperación limitada, está claro que estas respuestas no dieron lugar a un rendimiento económico similar al experimentado durante la década de 1990, y mucho menos al del boom de la posguerra. Recientemente, la economía mundial ha entrado en un "estancamiento secular" sin un final a la vista. Mientras tanto, las tribulaciones económicas del neoliberalismo se han visto agravadas por una creciente crisis de la democracia y una deriva hacia formas autoritarias de gobierno en un número creciente de países. Mostramos a continuación que este giro no se puede reducir (como si estos desarrollos fueran epifenómenos) a un avance fácilmente reversible de proyectos insostenibles liderados por políticos egocéntricos, ladrones o megalómanos. Entonces, ¿cuál es exactamente la naturaleza del neoliberalismo para que pueda confiar simultáneamente en la intervención estatal y negar su eficacia recurriendo al populismo político e ideológico, aparte de los llamamientos a otras colectividades (conservadoras) --nacionalismo y racismo, en particular-- en el contexto del individualismo de mercado? La coherencia no está a la orden del día, pero hay un orden subyacente en el caos, como nuestro argumento aquí, resumido de la siguiente manera, sugiere.

Primero, lo que ocurrió en 2008-09 fue una grave crisis dentro del neoliberalismo, que puso al descubierto los límites de la dependencia de las finanzas como motor de la acumulación global. Inicialmente tomada por

muchos como una crisis fatal del neoliberalismo, especialmente cuando el mercado fracasó estrepitosamente en su escenario favorito, las finanzas, la crisis no demostró nada de eso. De hecho, a pesar de tales expectativas, nunca se convirtió en una crisis del neoliberalismo, ya que la reproducción del sistema de acumulación nunca se vio amenazada por una alternativa sistémica. En consecuencia, a pesar de la disminución de las tasas de crecimiento del PIB y las amplias y continuas repercusiones de la crisis, el neoliberalismo sigue vivo y coleando en el ámbito económico y más allá. De hecho, en la mayoría de los aspectos, el neoliberalismo se ha fortalecido durante la última década.

En segundo lugar, los cambios sociales e institucionales provocados por el neoliberalismo, y promovidos por las políticas de “austeridad” financiera y fiscal impuestas a raíz de la crisis global, han desestabilizado la esfera política formada bajo el neoliberalismo y han socavado constantemente la legitimidad ideológica del gobierno. De hecho, las políticas neoliberales ya habían vaciado formas progresistas de participación política, en parte a través del debilitamiento del trabajo y de formas excluyentes de gobierno, facilitadas por la capitulación de los partidos políticos de centro izquierda a medida que las prescripciones neoliberales se volvían de sentido común e institucionalizadas en esos gobiernos. Estos acontecimientos no han sofocado por completo el activismo político, pero han socavado gravemente sus formas tradicionales de expresión y han creado condiciones fértiles para políticas más extremas a medida que surgían nuevas vulnerabilidades para los medios de vida.

En tercer lugar, mientras que el neoliberalismo se basaba anteriormente en prácticas cada vez más superficiales y formales de la democracia liberal, sus formas políticas actuales están en transición hacia modalidades inestables en las que el autoritarismo es cada vez más común, con líderes “estrambóticos” que impulsan programas de exclusión de derecha y con la aparición de movimientos de masas de la derecha que les apoyan y les incita a ir más allá en sus propuestas populistas. Sostenemos que estos cambios políticos no son fenómenos transitorios derivados directamente de un desempeño económico deficiente, que se revertirá una vez que se reanude un crecimiento económico más rápido. En cambio, son el resultado de la degeneración de la democracia liberal bajo el neoliberalismo.

Sin embargo, para comprender si el neoliberalismo autoritario es una fase de ajuste transitoria al turbio mundo poscrisis o si se convierte en el arreglo político “más adecuado” para el neoliberalismo, las tendencias y contratendencias que caracterizan la fase actual del neoliberalismo deben ser identificadas. Porque el destino del neoliberalismo autoritario depende inevitablemente de cómo se resuelvan tales tendencias, un proceso que es caótico, todavía cambiante y de ninguna manera predeterminado.

CAPITALISMO, NEOLIBERALISMO, FINANCIARIZACIÓN

Aunque vivimos en la era del neoliberalismo, pocos se auto-describirían como neoliberales. La etiqueta marca una crítica más que una aceptación incluso para los principales representantes del capitalismo contemporáneo, al igual que los autoritarios se describen a sí mismos como democráticos. La etapa actual (neoliberal) del capitalismo surgió a raíz del final de la posguerra, primero en el Reino Unido y los Estados Unidos, extendiéndose rápidamente a sus principales aliados en Europa y la periferia a través del atlantismo y el Consenso de Washington, a través de un amplia variedad de caminos en distintos países y regiones. Los orígenes del neoliberalismo se asocian apropiadamente con el thatcherismo y el reaganismo, pero estos apodos pueden ser engañosos: aunque el neoliberalismo ha tenido un impacto significativo en muchas áreas de la reproducción social, no se puede reducir a un mero cambio en las administraciones electas, la ideología, las políticas económicas y sociales, las relaciones de clase o las relaciones indiferenciadas entre el Estado y el mercado, los trabajadores y el capital en general, o las finanzas y la sociedad. El neoliberalismo es cada uno de ellos, pero también más que todos. En resumen, "la originalidad del neoliberalismo es precisamente la creación de un nuevo conjunto de reglas que definen no sólo un "régimen de acumulación" diferente, sino, más ampliamente, una sociedad diferente".

El rasgo más destacado del neoliberalismo es la financiarización de la producción, el intercambio y la reproducción social, es decir, la subsunción de la reproducción económica y social mediante la acumulación intensiva y extensiva de capital que devenga intereses. Así definida, la financiarización encapsula el papel cada vez mayor de las finanzas (globalizadas) en cada vez más áreas de la vida económica y social. A su vez, la financiarización apuntala el sistema neoliberal de acumulación, articulado a través del poder del Estado para imponer, impulsar, suscribir y gestionar la internacionalización de la producción y las finanzas en cada

territorio, a menudo bajo el velo ideológico de promover el no intervencionismo.

Mientras que la financiarización expresa el control del capital que devenga intereses sobre las principales fuentes de capital, los procesos de asignación de recursos y las palancas de la política económica -incluido el tipo de cambio, la composición del empleo, el consumo, la inversión, el comercio internacional y La financiación del Estado- el alcance global de las finanzas incorpora y refleja la centralización de esas palancas en las instituciones financieras dirigidas por Estados Unidos y su regulación por parte de organizaciones internacionales controladas por ese mismo país. Además, la financiarización contemporánea se deriva tanto del auge de la posguerra como de su colapso en la estanflación de la década de 1970, y ha sido uno de los principales impulsores de la reestructuración de la economía global desde entonces, a menudo bajo el disfraz de 'competitividad' y 'control de la inflación'. Estos procesos que se refuerzan mutuamente han permitido a las instituciones financieras apropiarse de una parte cada vez mayor del valor producido en la mayoría de las economías neoliberales. Por ejemplo, en los EE. UU, las ganancias obtenidas por las empresas financieras aumentaron de un poco más del 10 por ciento de las ganancias totales en el período de posguerra al 41 por ciento en el 2002. Esta proporción disminuyó inmediatamente después de la crisis, pero volvió a más del 30 por ciento para 2009. Estas transferencias del sector no financiero han contribuido a la polarización de los ingresos bajo el neoliberalismo. El neoliberalismo y la financiarización han apuntalado tanto la recuperación de la rentabilidad tras la crisis del keynesianismo como la creciente desigualdad.

Este enfoque del neoliberalismo como etapa del capitalismo respaldado por la financiarización delinea un patrón específico de transformaciones en los procesos de crecimiento, inversión, producción, empleo, finanzas y consumo. Como resultado, algunos países han podido mantener tasas de crecimiento impresionantes, con el noreste y sureste de Asia en primer plano; más recientemente, China se ha convertido en el centro de ensamblaje de exportación del mundo. Sin embargo, lejos de fomentar una "convergencia global" sin problemas, el neoliberalismo ha creado nuevos patrones de desarrollo desigual y combinado. La inmensa prosperidad dentro y entre países y regiones para estratos sociales específicos (comúnmente identificados como élites u oligarcas financieros o de otro tipo, el 1% superior o incluso el 0,01% superior), coexiste con nuevos patrones de pobreza, así como la reproducción de la pobreza masiva en áreas donde ya prevalecía.

En resumen, la financiarización se ha convertido en la principal impulsora de la reestructuración económica y social tanto a nivel nacional como global, creando una tendencia al cortoplacismo y la especulación en oposición a la inversión a largo plazo que busca aumentar la productividad a nivel 'microeconómico', 'macroeconómico' y a niveles sociales más amplios, aunque de forma desigual y mediante una variedad de mecanismos. En consecuencia, la acumulación bajo el neoliberalismo generalmente ha tomado la forma de burbujas impulsadas por las finanzas, parasitarias de la mayor explotación de los trabajadores (a través de la reestructuración de la producción a nivel global y la expansión de formas precarias de trabajo, que culminan en la 'gig economy'), exacciones de la periferia (a través del comercio desigual, extracción financiera, de rentas, etc.) y el saqueo implacable de la naturaleza. Estas burbujas colapsan invariablemente con implicaciones destructivas, y su contención y posterior recuperación requieren un rescate patrocinado por el Estado. Los ciclos representativos incluyen la crisis de la deuda internacional de principios de la década de 1980; la crisis de ahorros y préstamos en Estados Unidos de la década de 1980; las caídas del mercado de valores de los años ochenta y noventa; la crisis japonesa y el subsecuente bajo rendimiento que se prolonga desde finales de la década de 1980; las crisis de varios países de ingresos medios a finales del siglo XX; y las burbujas de las puntocom, las finanzas y la vivienda de la década de 2000, que en última instancia condujeron a la crisis financiera mundial y su recuperación limitada. Por lo tanto, la financiarización se ha asociado a la disminución de los niveles de inversión y al aumento de la volatilidad dentro y entre los sectores económicos y sociales, a nivel mundial y nacional.

Las contradicciones económicas del neoliberalismo y la financiarización en las economías avanzadas han tenido como resultado un rendimiento inferior en relación con la "edad de oro" keynesiana, a pesar de las condiciones favorables sin precedentes para la acumulación de capital generadas por la transición al neoliberalismo. Incluyen la victoria de Occidente en la Guerra Fría; el colapso de la mayoría de los movimientos nacionalistas en el Sur Global; la liberalización del comercio, las finanzas y los movimientos de capital; apoyo incomparable a la acumulación por parte de estados competidores; la reducción de impuestos, transferencias y asistencia social en la mayoría de los países; el declive de las fuentes

tradicionales de resistencia dentro de formas anteriores de capitalismo (sindicatos, movimientos campesinos, partidos de izquierda y movimientos sociales); y la hegemonía ideológica de un capitalismo de "libre mercado" falso pero vociferante. Por último, la disponibilidad de nuevas tecnologías ha servido como una fuente continua de aumentos de productividad, compensando en cierta medida los efectos de la financiarización, junto con aumentos significativos en la fuerza laboral mundial, sobre todo con la integración de China en la economía mundial capitalista. En lugar de prosperar gracias a estas condiciones favorables, la acumulación mundial en los países centrales se ha visto obstaculizada por la continua inestabilidad y, desde 2007, por la crisis económica más profunda y prolongada y la recuperación más débil y con mayor regresión distributiva que se haya registrado.

En este sentido, identificamos la paradoja económica del neoliberalismo como la asombrosa incapacidad para capitalizar condiciones extraordinariamente favorables para la acumulación. Esta relación entre financiarización y neoliberalismo puede dividirse libremente en tres fases separadas primero por principios de la década de 1990 y luego la crisis global de 2008. Estas fases son más lógicas que cronológicas, ya que pueden ser secuenciadas, demoradas, aceleradas o incluso superpuestas en formas específicas según el país, la región y las circunstancias económicas y políticas. La primera es la fase de transición o shock, que va en contra del sistema de acumulación anterior, con una promoción agresiva del capital privado procediendo sin atender a consecuencias más amplias. Esta transición generalmente requiere una intervención estatal enérgica para contener a los trabajadores, desorganizar a la izquierda, promover la integración transnacional del capital y las finanzas nacionales y poner en marcha el nuevo marco institucional. Esto puede ilustrarse con los golpes militares en Uruguay, Chile y Argentina en la década de 1970, que precedieron al neoliberalismo global, seguidos por el thatcherismo, el reaganismo y sus descendientes en otras economías avanzadas, el 'ajuste estructural' en América Latina y África subsahariana desde la década de 1980, y las transiciones al capitalismo en Europa del Este, en la década de 1990. Esta fase se cierra históricamente con la crisis de Asia oriental -los dragones asiáticos- a fines de la década de 1990.

La segunda fase surgió en el contexto de la reacción a las disfunciones y consecuencias sociales adversas de la primera. Asociado especialmente al giro socialdemócrata de la 'tercera vía', se centró en la estabilización de las relaciones sociales impuestas anteriormente, la consolidación y expansión de las intervenciones del sector financiero en la reproducción económica y social, la gestión estatal de las nuevas modalidades de integración internacional, y el "despliegue" de políticas sociales neoliberales tanto para gestionar las privaciones y disfunciones creadas por el neoliberalismo, como para (re) constituir subjetividades neoliberales. De esta forma, el neoliberalismo redefinió la relación entre la economía, el Estado, la sociedad y los individuos, construyendo estos últimos a una forma empresarial y subordinando el intercambio social a estrictos criterios económicos. La ideología de la auto-responsabilidad ha sido especialmente significativa, ya que es antagónica a la cultura de la clase trabajadora: priva a los ciudadanos de sus capacidades colectivas, valora el consumo por encima de todo, coloca el mérito del éxito y la carga del fracaso en individuos aislados, y sugiere que la resolución de todos los problemas sociales requiere una mayor individualización y financiarización de las relaciones sociales. Nada de esto implica, vale la pena enfatizar, la retirada del Estado (especialmente en sus roles económicos), en oposición al surgimiento de formas cada vez más centralizadas de control y subordinación a los imperativos financieros.

Después del impacto de la crisis financiera, surgió una tercera fase, caracterizada por la pérdida de legitimidad que siguió a la realización de los asombrosos - y excepcionalmente costosos - defectos de la financiarización, la percepción de que el neoliberalismo había impulsado una concentración acelerada de ingresos y riqueza e impuesto patrones impopulares de empleo y reproducción social, y que, a pesar de condiciones totalmente favorables, la reestructuración neoliberal de las relaciones entre el Estado, las finanzas y la industria no había logrado una renovación de la acumulación con estabilidad macroeconómica. Sin embargo, la crisis finalmente condujo a la reconstitución de la hegemonía de las finanzas y a la reimposición de ambiciones económicas, sociales y políticas radicalizadas disfrazadas por las ortodoxias neoliberales de los mercados "libres" y la austeridad permanente. Todas estas han sido parte de las formas emergentes de acomodación entre las finanzas a gran escala y el capital productivo con, por ejemplo, los Estados coqueteando con la política industrial y la provisión de infraestructura a gran escala como un medio para derramar dinero y contratos para que las finanzas y la industria trabajen juntas.

Estos desarrollos se han reforzado a través de formas de gobierno cada vez más represivas y se han validado, a pesar de las grandes grietas en su hegemonía ideológica, a través de los discursos y prácticas del

nacionalismo y el racismo (más o menos disfrazado). Su forma política es el neoliberalismo autoritario, una forma de neoliberalismo que, rompiendo parcialmente con su anterior caparazón democrático, exagera las tendencias del neoliberalismo a fortalecer los aparatos coercitivos y de seguridad del Estado para sostener el sistema de acumulación a pesar de su evidente incapacidad para realizar cualquier forma de prosperidad económica compartida.

DE LA CRISIS GLOBAL A LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA NEOLIBERAL

Cada crisis capitalista incorpora características específicas, ya sea en virtud de las causas concretas, profundidad, amplitud o incidencia en la economía, ideología o sistema político, o por impacto diferencial dentro y entre sectores económicos o sobre segmentos de la clase trabajadora en cada país. La crisis financiera mundial fue notable en varias de estas dimensiones. Primero, la crisis no fue iniciada por un frenesí especulativo basado en materias primas (por ejemplo, el petróleo), artículos de lujo o la expectativa de ganancias de campos de inversión completamente nuevos (las puntocom). En cambio, se trataba de un nuevo tipo de crisis, provocada por la emisión de hipotecas a los hogares más pobres de EE. UU, reempaquetadas posteriormente en nuevos tipos de activos financieros, negociados a través de canales innovadores que ni siquiera existían unos años antes.

En segundo lugar, nadie podía culpar a los pobres por el boom especulativo o el colapso y sus consecuencias. A diferencia de otros casos de mal funcionamiento económico, los salarios y beneficios "excesivos" no han sido considerados en ninguna parte como causales, en la línea de puntos de vista neoclásicos, keynesianos o incluso radicales de "presión sobre los beneficios". En el pasado, estos han ayudado a legitimar el desplazamiento de la carga del ajuste hacia los trabajadores y los pobres. Esta vez, dado que la clase trabajadora sigue siendo relativamente desorganizada y no combativa y, por lo tanto, sin culpa, las explicaciones dominantes de la crisis tuvieron que ubicarse en las relaciones intercapitalistas en general, y en la financiarización en particular. Sin embargo, incluso si las finanzas y sus excesos fueran los culpables, las finanzas tuvieron que ser rescatadas para evitar un impacto aún peor sobre el resto de nosotros, cuyos tiempos de endurecimiento en los próximos años están justificados. Si bien esto todavía se presenta como esencial para estabilizar las cuentas públicas a raíz de los gastos extraordinarios en el período anterior, en realidad la 'austeridad fiscal' ha servido para hacer avanzar la agenda neoliberal en un frente más amplio a través de impuestos más altos, transferencias más bajas, y la mercantilización ampliada de la reproducción social. Estas políticas podrían denominarse "socialismo para los banqueros y capitalismo para todos los demás", justificadas por acrobacias ideológicas que afirman que la fuerte intervención estatal es esencial para proteger el libre mercado, pero debe pagarse mediante políticas de austeridad.

En tercer lugar, el tamaño y la omnipresencia de la crisis global inicialmente abrumaron incluso a niveles y formas sin precedentes de intervención estatal (nacional e internacional) que buscaban moderar sus peores efectos. Esas limitaciones de la política macroeconómica y la cooperación internacional reflejaban la complejidad de las estructuras de activos y la mezcla de instituciones financieras construidas bajo la financiarización, creando dificultades significativas para seleccionar a a quién rescatar: con qué criterios, con qué fin, cómo, a qué coste y con qué políticas complementarias a nivel nacional e interestatal.

Cuarto, el lugar de la crisis y sus repercusiones cambiaron con el tiempo. Al principio, la crisis se concentró en las economías avanzadas, con EE. UU a la cabeza, lo que provocó el aumento del problema de vivienda y el rápido aumento del desempleo. Luego, su epicentro se trasladó a la periferia de la eurozona, con el drama griego como su símbolo más poderoso. Finalmente, la crisis afectó a los países de renta media, erosionando gobiernos y estrategias económicas frágiles, con Argentina y Brasil como los ejemplos más claros.

Esta interpretación de la crisis contrasta con otras interpretaciones críticas del neoliberalismo que se centran en sus limitaciones y contradicciones, especialmente la disminución de la inversión real debido a los rendimientos comparativamente fáciles prometidos por la especulación financiera, la erosión de la demanda efectiva debido a los bajos salarios y la creciente carga de la deuda de los hogares, o las implicaciones adversas de la desindustrialización debido a la reestructuración de la capacidad de fabricación mundial y su reubicación en Asia oriental en general y China en particular. Si bien es innegable su existencia, estos procesos no causaron directamente la crisis y las formas sociales que tomó, ni implicaron directamente que el neoliberalismo se debilitara, se agotara o fuera reemplazado por otro sistema de acumulación. Todo lo contrario: la crisis fue sintomática de las fortalezas del neoliberalismo, especialmente la centralidad de las

finanzas para la reproducción económica y social, mientras que las medidas adoptadas a raíz de ella fueron sintomáticas de la hegemonía del neoliberalismo en la ideología y en la elaboración de políticas.

Aunque las políticas adoptadas después de la crisis lograron el objetivo inmediato de restaurar la rentabilidad de las finanzas globales, las causas del cataclismo no se han abordado y las políticas implementadas para contenerlo han creado vulnerabilidades nuevas y cambiantes. Por ejemplo, se suponía que los tipos de interés cero, las políticas de rescate y el *quantitative easing* ayudarían a reducir los riesgos sistémicos (financieros). En cambio, han provocado burbujas especulativas que se han vuelto especialmente inestables en el Sur Global. Entre el inicio de la crisis y 2015, la deuda total de las corporaciones financieras aumentó en 12 billones de dólares, la deuda del sector público aumentó en 25 billones (con más de 20 billones en ocho países de la OCDE) y los pasivos de los hogares aumentaron en 7 billones. Además, prácticamente todas las ganancias logradas en la recuperación actual fueron capturadas por los estratos de ingresos más altos. En la recuperación de 2009-2013 en los EE. UU., todo el crecimiento de los ingresos se dirigió al 10% de las familias más ricas, mientras que los ingresos del 90% más pobre se redujeron. El neoliberalismo encarna fuertes tendencias hacia la concentración de ingresos cuando la economía crece, cuando se contrae, y cuando se recupera, dada su tutela por el capital financiero.

En contraste con los estratos superiores de renta que se benefician con las políticas asociadas con el neoliberalismo, así como con las implementadas en respuesta a la crisis global, el destino de la mayoría ha estado sujeto a vulnerabilidades volátiles y variadas, a medida que el empleo, los salarios y la reproducción económica y social caen bajo el dominio directo e indirecto del neoliberalismo financiarizado. La política del neoliberalismo y su crisis en desarrollo se basan en esas vulnerabilidades y en las respuestas a ellas.

Además de los procesos económicos señalados anteriormente, está claro que, como causa y efecto, existe una amplia variedad de caminos políticos de transición al neoliberalismo. Se extienden desde su implementación por medios constitucionales (en la mayoría de las economías avanzadas), la imposición de dictaduras (en varios países de América Latina y África subsahariana), hasta las transiciones coetáneas al neoliberalismo y la democracia burguesa (en Brasil, Sudáfrica, Corea del Sur y en Europa del Este). No obstante, una forma política democrática "típica" de neoliberalismo se extendió en la década de 1990. Esas democracias neoliberales eran necesariamente diferentes de las formas políticas asociadas con los países "centrales" en el período liberal "antiguo" o "clásico" antes de la Primera Guerra Mundial, o el "compromiso" socialdemócrata vigente después de la Segunda Guerra Mundial.

Las limitaciones y contradicciones de la democracia neoliberal se pueden ubicar en tres niveles. Primero, las democracias neoliberales están fuertemente circunscritas, ya que incluyen un aparato institucional diseñado para aislar las decisiones sobre política económica de la "interferencia" de la mayoría. En estos regímenes, las opciones sustantivas sobre la provisión social, la composición de la producción, la estructura del empleo y la distribución del ingreso se transfieren a instituciones presuntamente "técnicas", incluidos los ministerios de economía dominados por los políticos neoliberales; los llamados bancos centrales "independientes" capturados por las finanzas y con el mandato de cumplir objetivos de inflación legalmente vinculantes (y rescatar instituciones financieras irresponsables); Departamentos del Tesoro restringidos por topes en el déficit público (excepto cuando la provisión de recursos ilimitados a las finanzas se vuelve imperativa); tipos de cambio flotantes que obligan a los gobiernos a acatar los caprichos de los agentes bursátiles; empresas de servicios públicos privatizadas propiedad de fondos de cobertura (hedge funds) transnacionalizados; agencias reguladoras capturadas por los conglomerados nominalmente bajo su autoridad, así como asociaciones empresariales, organizaciones internacionales, la Comisión Europea, los Departamentos del Tesoro y de Estado de los Estados Unidos y sus agentes locales. Además, la política es impuesta y supervisada por instituciones financieras transnacionales, el mercado de valores y los medios de comunicación, cuyas intervenciones egoístas pueden cambiar los valores de los activos de manera espectacular. Su autoridad está respaldada por un sistema judicial encargado de hacer cumplir las leyes impuestas por el mismo neoliberalismo. De esta manera, el neoliberalismo impone disciplina a los agentes sociales clave, con los trabajadores a la vanguardia, pero estas estructuras institucionales también disciplinan al capital, al Estado, e incluso a las propias finanzas, con una creciente intolerancia al disenso. Al remodelar la estructura institucional de la economía, el neoliberalismo también ha generado formas específicas de corrupción y las correspondientes puertas giratorias entre los negocios, la política, la administración pública, los medios de comunicación y los asesores no elegidos. Todos estos procesos refuerzan las tendencias y prácticas autoritarias que recientemente han servido para facilitar el acceso de los "disidentes" al poder, así como

también han generado estructuras estatales excepcionales que operan con un sistema limitado de contrapesos.

Estas estructuras no solo trasladaron a las finanzas funciones distributivas que antes desempeñaba el Estado keynesiano, sino que también blindaron institucionalmente al neoliberalismo. Se volvió virtualmente imposible cambiar el sistema de acumulación desde adentro, siguiendo las reglas políticas que había introducido el neoliberalismo. El resultado fue la reducción del espacio político disponible para las instituciones de estados nominalmente democráticos, junto con la contracción del espacio para la oposición legítima. Cada vez más, la consolidación del neoliberalismo redujo la "política normal" a la competencia entre matices de ortodoxia en un mercado político circunscrito: el nuevo laborismo frente a los conservadores moderados en el Reino Unido; los demócratas de Clinton versus los republicanos del establishment en Estados Unidos; centro-izquierda versus centro-derecha en Canadá, Francia, Alemania e Italia, y así sucesivamente, con los límites de su duelo amistoso vigilado por unos medios agresivos de derecha.

Estas reformas no fueron simplemente impuestas por élites (financieras) que tenían como objetivo controlar el Estado para sus propios intereses. La creciente impermeabilidad y despolitización del dominio económico, y la concentración simultánea del poder económico y político bajo el neoliberalismo, surgen de las estructuras materiales del sistema de acumulación y del imperativo de asegurar la competitividad internacional de acuerdo con los parámetros establecidos por las finanzas globales y la "comunidad internacional" dirigida por los Estados Unidos. La integración transnacional de la producción y las finanzas limita directamente el espacio para aplicar políticas; la producción y el consumo globalizados requieren una armonía jurídica y política internacional a través de negociaciones continuas, condicionalidades políticas y tratados superpuestos, que reducen drásticamente el alcance de la variedad en las modalidades de reproducción social. Y la reconstrucción del imperialismo liderado por Estados Unidos desde la guerra de Vietnam se ha asociado con un impulso para imponer transiciones económicas neoliberales junto con transiciones políticas a la "democracia", apalancadas por medio de presiones financieras, comerciales y militares.

En los estados neoliberales, tanto las fuerzas sociales como los gobiernos han tendido, entonces, a perder la capacidad de moldear las políticas dentro de sus propias fronteras, reduciendo el alcance del sistema político para encontrar soluciones negociadas a los problemas. La degradación de la democracia socava las pretensiones neoliberales de defender la "libertad de elección" y asegurar el espacio para la "realización de las ambiciones individuales" y socava la legitimidad de los estados y sistemas políticos neoliberales. Su capacidad cada vez menor para permitir, y mucho menos abordar, demandas en conflicto muestra de manera constructiva que, si bien siguen siendo formalmente inclusivas, las democracias neoliberales son excluyentes en el nivel de la toma de decisiones sobre la vida cotidiana neoliberalizada, e incluso la ilusión de participación se ha erosionado.

La segunda limitación de la democracia deriva del hecho de que el neoliberalismo se ha asociado con la reestructuración económica, incluyendo la de los sistemas de producción a través de procesos laborales, tecnologías, insumos y productos, con implicaciones para las modalidades de especialización internacional, patrones de empleo y consumo, y formas de reproducción social y vida comunitaria. Estos procesos han creado una gran variedad de "perdedores" económicos, centrados en la clase trabajadora.

Bajo el neoliberalismo, los trabajadores han tendido a estar cada vez más divididos, desorganizados, sin poder y descualificados. Se han eliminado millones de empleos cualificados, especialmente en las economías capitalistas avanzadas, ya que profesiones enteras han desaparecido o se han exportado a regiones/países más baratos. Las oportunidades de empleo en el sector público han languidecido debido a la privatización y los recortes, la estabilidad laboral ha disminuido y los salarios y las condiciones han tendido a deteriorarse. Se han producido graves pérdidas para los trabajadores informales, cuyas perspectivas de empleo estable se han reducido, y para los trabajadores cualificados, que temen la pérdida de sus puestos de trabajo y al mismo tiempo soportan el estrés del exceso de trabajo, ya que su empleo se ha vuelto cada vez más precario, incluso en los lugares de trabajo formales. Presiones análogas las siente una clase media endeudada, empobrecida, ansiosa, en peligro y cada vez más vulnerable. En los países más ricos del mundo, los remanentes de este estrato social "privilegiado" que antes se caracterizaba por un aumento de los ingresos reales, lamentan su incapacidad para legar a sus descendientes perspectivas materiales mejoradas similares.

Si bien los cambios económicos impuestos por el neoliberalismo han creado un gran número de 'perdedores', la transformación de las estructuras sociales, las instituciones y la ley ha tendido a evacuar la esfera política, haciendo que los perdedores sean cada vez más incapaces de resistir contra el neoliberalismo o incluso de pensar alternativas. Estos procesos ayudan a explicar el declive de los partidos de izquierda, sus organizaciones de apoyo, sindicatos y la mayoría de las otras formas de representación colectiva. Si bien estos resultados pueden ser ventajosos para la consolidación del neoliberalismo en el corto plazo, también han fomentado la desconexión masiva de la política constitucional, han creado poderosas tendencias hacia la apatía y la anomia, y han socavado la hegemonía ideológica y la legitimidad política del neoliberalismo. Con la desconfianza de los partidos políticos, líderes y organizaciones sindicales tradicionales, las vías para la disensión son mínimas.

La tercera limitación de la democracia neoliberal actual es que la hegemonía económica, política, ideológica e institucional del neoliberalismo ha estado acompañada de una dramática reducción de la ambición política y el alcance de la acción colectiva para cambiar la sociedad, debido a dos procesos convergentes. Uno es la pérdida de fuentes de inspiración para las alternativas políticas después del colapso de los movimientos y gobiernos de liberación nacional en el Sur, el fin de la Unión Soviética, las transformaciones económicas en China y el colapso de los partidos revolucionarios de izquierda en la mayoría de los países. El otro es la escalada sistemática en la vigilancia de la disidencia, a través de la privacidad individual, las libertades civiles y la acción colectiva, que se volvió especialmente prominente después del 11 de septiembre. En consecuencia, aunque la ideología neoliberal promueve ostensiblemente los valores de la 'democracia' y la 'libertad' contra sus supuestos enemigos intervencionistas y represivos, los sistemas políticos neoliberales han reforzado la lógica de TINA (No hay alternativa), independientemente de su impacto severamente adverso sobre las perspectivas vitales de la mayoría, cuyas preocupaciones se devalúan con ello.

La evacuación de la democracia neoliberal tiende a ser percibida por los 'perdedores' a través de la lente de la 'corrupción' (de, y por, 'élites' mal especificadas) y 'privilegios indebidos' (concedidos a los 'pobres no merecedores', una multiplicidad de minorías autoidentificadas y extranjeros). Si bien se considera falsamente que estos grupos son favorecidos por las políticas públicas, las instituciones estatales pueden interpretarse como hostiles a los perdedores "moralmente justos" que, cada vez más, tienen dificultades para llegar a fin de mes. Hoy en día, todo parece estar patas arriba, en contraste con los brumosos días de antaño, cuando las personas de buen carácter, fuerte disciplina y que compartían 'nuestros' valores comunes, por lo general hombres con el origen étnico adecuado, podían contar con un empleo estable, ingresos crecientes, perspectivas de promoción y pensiones aseguradas.

Debido a la fragmentación de la sociedad y la hegemonía ideológica del neoliberalismo, las demandas de los 'perdedores' tienden a enmarcarse en términos generales y a basarse en discursos simplistas que se basan en el 'sentido común' y en una ética universalista (sin clases) fundada en la identidad (es decir, exigiendo aceptación dentro del sistema de acumulación), meritocracia y repulsión a la corrupción (apuntando a reformar el sistema, ya que reemplazarlo parece imposible). Este enfoque de la política puede conducir a una exigencia de restauración de privilegios anteriores, veladas por un discurso sin clases centrado en los 'valores morales', la 'justicia', un 'campo de juego nivelado', la afirmación de los 'derechos tradicionales', demandas de 'respeto', y reclamaciones de 'honestidad' en la vida pública. El nacionalismo, basado en valores presuntamente compartidos, y el racismo, incrustado en la noción de un trasfondo compartido, ofrecen un paraguas fácilmente disponible para articular estas narrativas.

Estas tendencias destructivas se han visto intensificadas por la austeridad fiscal impuesta a raíz de la gran crisis financiera, los efectos acumulativos del bajo crecimiento económico y la creciente conciencia de las desigualdades del neoliberalismo. La incapacidad de los Estados neoliberales para abordar esas preocupaciones ha contribuido a la percepción de una pérdida de eficacia y legitimidad de las políticas, las prácticas, los partidos y los liderazgos que antes eran inexpugnables. Mientras tanto, los viejos y nuevos resentimientos han alimentado demandas mutuamente incompatibles de "cambio", desestabilizando las democracias neoliberales construidas entre principios de los 80 y mediados de los 2000. Sin embargo, debido a los cambios sociales, institucionales y políticos impuestos por el mismo neoliberalismo, la reanudación del compromiso político de masas ha alimentado una narrativa de que las soluciones deben estar fuera de la política convencional o basarse en campañas intransigentes (porque es necesario esforzarse mucho para obtener respuestas por parte de un sistema rígido). Este escenario político también conduce a la proyección

de la agencia social en los "líderes" individuales, ya que las estructuras que apoyan la acción colectiva se han desactivado. La actividad política en este sentido puede tener impactos desestabilizadores, pero no transformadores, en el sistema de acumulación. En este sentido, la hegemonía del neoliberalismo (y la degradación económica y política de las clases trabajadoras) ha desestabilizado estructuralmente la democracia neoliberal y ha limitado severamente el campo de alternativas.

La paradoja política del neoliberalismo se refiere a la desintegración de la democracia neoliberal bajo el peso de sus propias contradicciones internas. La hegemonía política del neoliberalismo se basa en el discurso de la reducción del papel económico del Estado, mientras que, en realidad, facilita modalidades financiarizadas de reproducción social y subjetividad individualista, que se realizan a través del Estado. La consolidación de este orden político perverso erosiona simultáneamente su legitimidad, mientras que las tensiones de la crisis global socavan la hegemonía ideológica del neoliberalismo.

Estas circunstancias han propiciado el surgimiento de fuerzas antisistémicas dominadas por la extrema derecha y polarizadas por líderes nacionalistas autoritarios que prometen confrontar al Estado neoliberal, las finanzas, la globalización, las élites, los extranjeros, etc., con el fin de obtener el apoyo de los perdedores, al mismo tiempo que se aplican políticas que intensifican el neoliberalismo. La crisis política del neoliberalismo es, entonces, de mucho más que Donald Trump (que recibió menos votos que Hillary Clinton), del Brexit, o la miríada de líderes neoliberales autoritarios que emergen en otros lugares: esta es una crisis sistémica de gran importancia para el sistema de acumulación.

EL SURGIMIENTO DEL NEOLIBERALISMO AUTORITARIO

La desintegración de la democracia neoliberal se hizo evidente cuando los gobiernos electos fueron excluidos de sus cargos y reemplazados por los llamados tecnócratas sin partido (en realidad, funcionarios experimentados comprometidos con el statu quo) en la periferia de la eurozona (como en Grecia e Italia). Posteriormente, la administración de Syriza en Grecia, elegida por su defensa de estrategias no convencionales, se vio obligada a abandonarlas. El malestar finalmente llegó a los países "centrales" de la OTAN cuando el Brexit ganó en el Reino Unido y Donald Trump fue elegido en Estados Unidos. En Francia, Marine Le Pen del Frente Nacional llegó a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, en las que ganó Emmanuel Macron, un político poco convencional que lidera un nuevo partido firmemente alineado con el neoliberalismo. El populismo nativista crece en Austria, Suiza y Escandinavia. En la periferia oriental de la UE, los políticos de extrema derecha prosperan sobre la base de programas sorprendentemente excluyentes y xenófobos. Mientras tanto, en la periferia global, los líderes y movimientos autoritarios han ganado elecciones por medios justos o injustos (Argentina, Hungría, India, Rusia, Turquía), mientras que los gobiernos disidentes fueron descartados más o menos enérgicamente (Brasil, Egipto, Honduras, Paraguay y Tailandia, con presiones crecientes sobre Nicaragua y Venezuela). Las políticas seguidas por estas nuevas administraciones han convergido en torno a formas de neoliberalismo más abiertamente represivas y racistas, justificadas por combinaciones difíciles de manejar de valores "nacionales" e imperativos de austeridad.

En Europa, muchos partidos tradicionales, especialmente los socialdemócratas, se han dividido, encogido o incluso implosionado, como lo ejemplifica la desaparición del PASOK en Grecia (con "Pasokificación" incluso convirtiéndose en un nuevo término del discurso político). Los principales partidos conservadores han mostrado una mayor resistencia, en parte porque están más estrechamente identificados con la ideología dominante, y en parte porque la derecha está acostumbrada a desplegar programas engañosos y consignas nacionalistas para permanecer en el poder. Sin embargo, incluso estos partidos se han visto obligados a navegar por programas nacionalistas y excluyentes cada vez más estridentes a medida que una nueva generación de partidos nacionalistas y movimientos neofascistas amenaza su voto principal. Dado el colapso electoral de la izquierda radical durante las décadas anteriores, ha habido un giro inequívoco del espectro político hacia la derecha.

El surgimiento de una forma específicamente autoritaria de neoliberalismo no es una anomalía política transitoria que, después de un fracaso inevitable, pronto conducirá a la restauración de la política neoliberal "normal" de centro derecha, ni un indicador del "fin del neoliberalismo". En cambio, el surgimiento de líderes neoliberales autoritarios es un síntoma de la descomposición de la democracia neoliberal, una consecuencia indirecta de la crisis de las economías 'reestructuradas', de la desafección popular ante el

sistema político y las instituciones de representación y la movilización del descontento de las masas. Todos estos son signos del surgimiento y potencial consolidación de nuevos bloques hegemónicos bajo el liderazgo de la extrema derecha dentro del neoliberalismo global.

Este bloque emergente se basa en la vulnerabilidad de los 'perdedores' a la captura por parte de la extrema derecha, debido a la erosión de un sentido de colectividad y agencia potencial basada en circunstancias materiales compartidas, y una degradación de la cultura de la clase trabajadora y la política organizada. En consecuencia, los mismos sentimientos materiales de vulnerabilidad social de los 'perdedores', y su enojo por la disfuncionalidad del sistema político, es movilizado por los políticos, las fuerzas de derecha y los medios de comunicación contra los estratos sociales más bajos (inmigrantes, minorías) por las ansiedades sociales cotidianas infligidas. Las crisis de la sanidad pública, la educación o la provisión de vivienda deben ser culpa de personas incluso más pobres que nosotros, que están "tomando" lo que por derecho es "nuestro". Y las crisis más grandes de desindustrialización, desempleo o descualificación deben ser culpa de países incluso más pobres que "nosotros".

Estas opiniones políticas son necesariamente destructivas de las formas progresistas de identidad colectiva. Están en parte (aunque a menudo perversamente) atemperados por la convergencia de intereses en torno al rechazo de la corrupción (que ofrece la única forma legítima de oposición política dentro del neoliberalismo) y en apoyo del nacionalismo (la única forma permisible de identidad colectiva bajo el neoliberalismo, aunque todo se desliza demasiado fácilmente hacia el racismo).

Si bien se percibe que la corrupción socava el sistema económico desde arriba, los irresponsables pobres y los inmigrantes lo corroen desde abajo y los países extranjeros lo "atacan" desde afuera. A medida que las deficiencias sistémicas del neoliberalismo se desplazan hacia la deshonestidad (a nivel individual y nacional), el "engaño" y cosas por el estilo, las deficiencias del sistema de acumulación se ocultan de forma eficaz. El nacionalismo ofrece al "pueblo" una forma de responder a estas heridas, reafirmando sus virtudes "innatas" y su espíritu de cohesión. Estos binarios se están utilizando para respaldar programas reaccionarios justificados por apelaciones al sentido común y encabezados por líderes supuestamente 'fuertes' que pueden hablar 'honestamente', representar al 'pueblo' y 'hacer las cosas' por la fuerza de su voluntad, a menudo supuestamente demostrado recurriendo a afirmaciones de perspicacia empresarial, con cambios ideológicos sin fisuras entre el machismo y la creación del nuevo hombre o incluso mujer. La fuerza de carácter personal se percibe como esencial y suficiente para arrasar los intereses arraigados, los políticos corruptos, los funcionarios públicos vagos y egoístas y las instituciones que socavan "nuestra" nación y dañan a "nuestro" pueblo.

La autonomía política que disfrutaban los líderes neoliberales autoritarios tiene solo una similitud superficial con los fenómenos políticos anteriores: sus acciones no están defendiendo agendas económicas, sociales y políticas transformadoras que apuntan a romper con el orden antiguo y estabilizar una forma más avanzada de capitalismo, ni tampoco derivan su poder de una convergencia temporal de intereses de clase antagónicos. En cambio, se han abierto camino hacia el poder político mediante ingeniosas tácticas, publicidad cara, agitación planificada y fuerza bruta, con el objetivo de imponer un programa neoliberal radical basado en una política conservadora dispuesta a utilizar un estado fuerte para aplastar a la oposición. Esto no es mero "populismo" o bonapartismo en condiciones neoliberales. Es, más bien, la política de demagogos, estafadores e ilusionistas que han surgido a través de la explotación oportunista de las fracturas específicas de cada país en el orden neoliberal. A su derecha se encuentran movimientos aún más peligrosos que afirman representar a los "perdedores" de formas más beligerantes e incluso violentas. La transformación del neoliberalismo autoritario en una fuerza material es el reflejo de la búsqueda cada vez más desesperada por parte de los perdedores de formas de cortocircuitar un sistema político que está indiscutiblemente atascado y de asegurar ganancias para las personas que se han cansado de sentirse injustamente desfavorecidas y pérdidas, frente a "otros" que no lo merecen.

La paradoja del neoliberalismo autoritario es que fomenta la personalización de la política a través del surgimiento de líderes "espectaculares" sin ataduras por instituciones intermediarias "estabilizadoras" (como estructuras de partidos, sindicatos, movimientos sociales y la ley), que están fuertemente comprometidos tanto con el neoliberalismo como con la expansión de su propio poder autorreferencial, entre otras cosas mediante la promoción de agendas socioeconómicas que dañan su propia base política. En el gobierno, estos líderes invariablemente promueven una versión del neoliberalismo al tiempo que atacan todas las formas de

oposición, promueven una mayor y desenfrenada globalización y financiarización, aunque sea indirectamente, y otorgan aún más poder a las fracciones de la élite neoliberal que ya les apoyan. La sociedad está aún más dividida, los salarios disminuyen, los impuestos se vuelven aún más regresivos, las protecciones sociales se erosionan, las economías se vuelven más desequilibradas y la pobreza aumenta. La frustración masiva se intensifica, alimentando aún más la ansiedad y el descontento. De ello se desprende que el neoliberalismo autoritario es intrínsecamente inestable y ofrece mayor prominencia y alcance a la extrema derecha. Al hacerlo, y a medida que la economía y la política del neoliberalismo se corroen desde adentro, las formas modernas de fascismo ganan un terreno político fértil en el que pueden operar abiertamente y prosperar.

CONCLUSIONES

El neoliberalismo está atrapado, hemos argumentado, dentro de sus tres paradojas. La paradoja económica es que la creación de condiciones favorables para la acumulación se ha asociado con una sorprendente incapacidad para capitalizarlas. La paradoja política es que la consolidación de la democracia neoliberal socava el orden político hegemónico y la ideología que lo legitimó, provocando el surgimiento de fuerzas antisistémicas dominadas por líderes 'espectaculares/estrambóticos', el desplazamiento hacia la derecha de todo el espectro político y el envalentonamiento de la extrema derecha. La paradoja del neoliberalismo autoritario es que, dado que los líderes políticos emergentes están igualmente, aunque incómodamente, comprometidos tanto con una forma extrema de neoliberalismo como con la consolidación de su propio poder, la versión radical del neoliberalismo de sus gobiernos refuerza un programa económico que daña a los suyos, su base apoyo de masas.

El neoliberalismo como régimen político y forma de gobierno social no ha sido capaz de crear condiciones económicas para la prosperidad compartida y, en cambio, ha fomentado nuevas inestabilidades sociales y espacio para que emerjan nuevas formas administrativas y explícitamente políticas de autoritarismo. Como estas formas políticas autoritarias no pueden brindar estabilidad, proporcionan un conducto potencial para la consolidación de nuevas formas de fascismo, que están destinadas a prosperar a medida que las economías neoliberales enfrentan una volatilidad continua y una inestabilidad política creciente. En ausencia de una izquierda política fuerte, es probable que el neoliberalismo entre en un período prolongado de crisis política: cada vez más anti-comercio en la época de la globalización; pro-finanzas cuando los daños ocasionados por la financiarización son ampliamente reconocidos; antiinmigrante en una época de movimiento humano sin precedentes; nacionalista cuando la coordinación de la política internacional es de importancia central para la acumulación de capital, etc. Sin embargo, ninguno de estos conflictos y contradicciones conducirá espontáneamente al neoliberalismo a ser reemplazado por un sistema de acumulación más progresista.

El neoliberalismo autoritario es, entonces, un fenómeno original. No ha surgido para proteger al capitalismo contra la insurgencia de la izquierda (como fue el caso del surgimiento inicial del neoliberalismo en la década de 1970) o en un período de menor integración internacional de la producción (como fue el caso del fascismo en la década de 1930). La nueva forma de autoritarismo es típicamente neoliberal: expresa la (cooptación de) la furia desorganizada de los 'perdedores' bajo el neoliberalismo, en circunstancias de una democracia evacuada, y se postula contra un aparato estatal que ha perdido legitimidad como potencial portador de mejoras económicas y cohesión social. En el corto plazo, el auge del neoliberalismo autoritario se debe a la desestabilización de las economías, sociedades y sistemas políticos, primero por la crisis financiera global y luego por su estrategia de contención a través de la intensificación de la financiarización. A más largo plazo, se deriva de las contradicciones en la reestructuración de la producción, la reproducción social y las estructuras de representación bajo el neoliberalismo. En lugar de enfrentarse a fuertes rivales sistémicos tanto en el país como en el extranjero, el autoritarismo neoliberal se centra en atacar a los débiles: inmigrantes, refugiados, "pobres indignos", mujeres, etc., con el pretexto de abordar la corrupción o los privilegios indebidos.

En estas circunstancias, ¿cuál es la mejor manera de abordar las características regresivas, las inestabilidades y las limitaciones del neoliberalismo? En ciertos sectores de la izquierda, persiste la ilusión de que un regreso al keynesianismo puede restaurar condiciones económicas y sociales más favorables hoy. Si bien los impuestos más altos, los controles sobre el comercio, las finanzas internas y los flujos de capital, la

protección social ampliada y el ajuste de la demanda agregada pueden ayudar a abordar objetivos macroeconómicos en competencia y promover mejoras a corto plazo en el desempeño económico y el bienestar social, estas políticas tienen una influencia limitada en el desempeño a largo plazo y la dinámica subyacente de la economía global. También pasarían por completo de largo de las limitaciones políticas del neoliberalismo. En consecuencia, incluso si las aspiraciones de la política socialdemócrata fueran alcanzables hoy, seguirían siendo rehenes de los imperativos competitivos condicionados por el neoliberalismo.

Cualquier programa alternativo debe basarse, en primer lugar, en las preocupaciones tradicionales de la izquierda con la igualdad, la mejora de los resultados distributivos y la promoción de la colectividad en el lugar de trabajo y en la sociedad en general. En segundo lugar, debe implicar el reconocimiento de que el neoliberalismo ha demostrado repetidamente su resiliencia tanto en la práctica como en el ámbito de las ideas, y que superarlo es una tarea ambiciosa que incluye, pero también trasciende, las estrategias electorales convencionales, al menos hasta el fin de asegurar cambios en las políticas sociales, industriales, financieras o monetarias. En tercer lugar, y lo más importante, para trascender el neoliberalismo es necesario recomponer el trabajo político de clase. Estos tres imperativos pueden integrarse en la expansión y radicalización de la democracia política y económica, en torno a la que pueden converger también luchas muy diferentes. Esto puede volverse operativo a través de un programa inmediato de desmercantilización y desfinanciarización de la reproducción social (centrándose en la salud, el transporte, la vivienda, etc.) y el avance de casos económicos, políticos e ideológicos convincentes para abordar las políticas ambientales, industriales y energéticas. Incluso la formulación de políticas neoliberales es incapaz de evitar las intervenciones en estos sectores. El desafío será encontrar grietas y contradicciones dentro del Estado para políticas alternativas y formas de movilización y formulación de políticas que desafíen el poder de las finanzas y la lógica de imponer el control corporativo sobre la propiedad y la toma de decisiones económicas.

El espacio político para impulsar un programa antineoliberal de este tipo se vislumbró anteriormente en Brasil y Grecia, a pesar de las lamentables derrotas sufridas allí. Más recientemente, se hizo visible nuevamente a través de la campaña de Sanders en los EE. UU. y de los avances logrados por el Partido Laborista en Gran Bretaña bajo el liderazgo de Jeremy Corbyn. De hecho, el neoliberalismo nunca ha sido tan inestable y su hegemonía nunca tan frágil. La economía dominante que solía inspirar a los políticos neoliberales ha estado en crisis durante una década, sin poder anticipar la crisis financiera global ni lidiar con sus implicaciones a largo plazo. La ortodoxia neoliberal no está completamente equipada, en la práctica más que en la teoría, para abordar la crisis política de la democracia. Las crisis económicas y políticas del neoliberalismo son, entonces, circunstancias históricamente únicas con graves implicaciones para la izquierda, pero también una oportunidad singular para la renovación organizativa, reavivando la ambición política y la influencia de las ideas socialistas.